



Algunas notas sobre *Los Caifanes* de Juan Ibáñez

Alejandro Reza Lurrabaquio /
Facultad de Filosofía y Letras

El defecto principal de la cinta *Los caifanes* reside en la historia (no en el tema, éste es magnífico, sino en su desarrollo), consistente sólo en una sucesión de anécdotas, una tras otra, innumerables. De lo cual resulta una especie de narración de varias travesuras casi infantiles. Parece que vemos un grupo de preparatorianos en plan de diversión. Así como los muchachos de preparatoria son capaces de asaltar un carro repartidor de refrescos, para tomarse los más que puedan; así estos *caifanes* son capaces de robarse una corona de muerto, o sacarse del cabaret algunas botellas de licor. No es esto andarse divirtiendo, al menos no dan en ningún momento la impresión de gozar realmente con sus aventuras. Piensen ustedes ¿es en realidad, una noche de juerga caifanesca, saltar de una travesura a otra, correr como locos, ir de un lugar a otro sin ton ni son? ¿No les parece, que si un grupo de *caifanes* se van de parranda una noche, lo que hacen es emborracharse, bailar, andar con mujeres? ¿Por qué los de la película no lo hacen así? ¿Por qué son unos *caifanes* excepcionales? Es un error querer presentarnos un mundo a través de seres de excepción. ¿Por qué esa noche tienen invitados y eso los obliga a portarse de otra manera? Tal vez, ésta podría ser una buena razón, pero qué sentido tiene presentar el enfrentamiento de dos mundos, en el que si uno es falso por naturaleza, el otro tiene que falsearse para quedar bien con sus invitados. Creo que éste no era el fin que se propusieron los autores del guión. Resultan falsas algunas situaciones (la de la agencia de inhumaciones es la más evidente). Resultan falsas las reacciones de los *caifanes* (siempre aparecen ellos como cansados, como aburridos, como hastiados y, de acuerdo con esto, podemos pensar que su mundo es tan falso como el de las clases altas, tan falso como el mundo representado aquí por Julissa y Enrique Álvarez Félix). Inverosímiles y truculentas algunas escenas: Ver a la novia del *Gato*, cerca ya de la madrugada, con un aparato de transistores pegado al oído, oyendo una radionovela ¡a

esas horas! ¡Cuatro o cinco de la mañana!, más que hacernos pensar en la enajenación de ciertas gentes hacia esa clase de productos comerciales pseudo-artísticos, nos mueve a risa. Los *caifanes* nos parecen, en la película, unos seres demasiado buenos. Si pensamos que son cuatro hombres rudos, groseros, impulsivos, que andan con una pareja de desconocidos, compuesta por un muchacho miedoso y cobarde y una muchacha joven, bonita, graciosa, coqueta, que en cualquier movimiento un poco forzado enseña las ligas de las medias, nos resulta incomprensible que ellos conserven la serenidad, que no se abalancen sobre ella y traten de violarla. Es cierto que los cuatro caifanes no son iguales. Está el *Gato*, el jefe, que por su mayor edad y mayor experiencia, ve la vida de otro modo y prefiere evitar esa clase de líos. Está el *Estilos*, el más joven del grupo y el que más ha estudiado, que se siente atraído por Julissa y siente nacer una especie de amor hacia ella, razón por la cual no sería capaz de hacerle nada malo ni de permitir que se lo hicieran. Pero los otros, el *Mazacote*, el *Azteca*, principalmente el *Azteca*, por qué retienen sus impulsos, por qué no tratan de forzar a la muchacha, con lo cual se haría chocar a los mismos *caifanes* entre sí, permitiéndonos unas escenas más violentas, que nos hicieran conocer más a fondo el mundo que se nos quiere describir, y que le hubieran dado a la cinta un cierto momento climático del cual carece.

Nos quejamos de esto porque creemos que el film hubiera ganado si se hubieran suprimido algunas anécdotas, si se le hubieran quitado algunos juegos chistosos pero que no nos dicen nada, como el de las carreras en la funeraria, que consideramos más bien una concesión al público. Lo mismo varias canciones, que parece que están puestas para "darle al público lo que pide". Si todo esto se hubiera eliminado, y en su lugar se hubiera profundizado en otras anécdotas; si se hubiera ahondado en ellas, sin miedo, hasta sus últimas consecuencias, el resultado hubiera sido mejor. Pongamos por ejemplo la secuencia del cabaret: llegan los seis personajes del film, entran, se acomodan. Para los *caifanes* es lugar habitual ése, para la pareja de muchachos ricos es algo nuevo, desconocido y, por desconocido, para Julissa, atrayente. La orquesta toca un danzón y Julissa y Álvarez Félix se levantan de sus sillas y comienzan a bailar. Aquí sentimos que la historia empieza a cobrar fuerza. Oímos la música y voces de gente que habla sin descanso. Vemos a la pareja bailar y a los que están sentados beber, discutir, vociferar. Por fin hemos entrado en un mundo complejo, vivo y *auténtico*. Por qué no continuar en él. Si tan hábilmente se nos logró meter en esta situación. Si se ha hecho veraz ante nuestros ojos. Por qué no ir hasta el fondo de ella. Por qué no penetrar por allí a la verdadera esencia de ese ambiente. Por qué no ver, gracias a ello, el verdadero comportamiento ya sin trabas, la verdadera personalidad de los *caifanes*. No, lo que hacemos es salir de ahí huyendo, a causa de una pelea, e ir a correr otra clase de aventuras: robar una corona de flores, jugar a las escondidas con los empleados de una funeraria, vestir a la Diana cazadora, etcétera, etcétera. Sucesos que no agregan nada más a nuestro conocimiento del mundo de los *caifanes*.

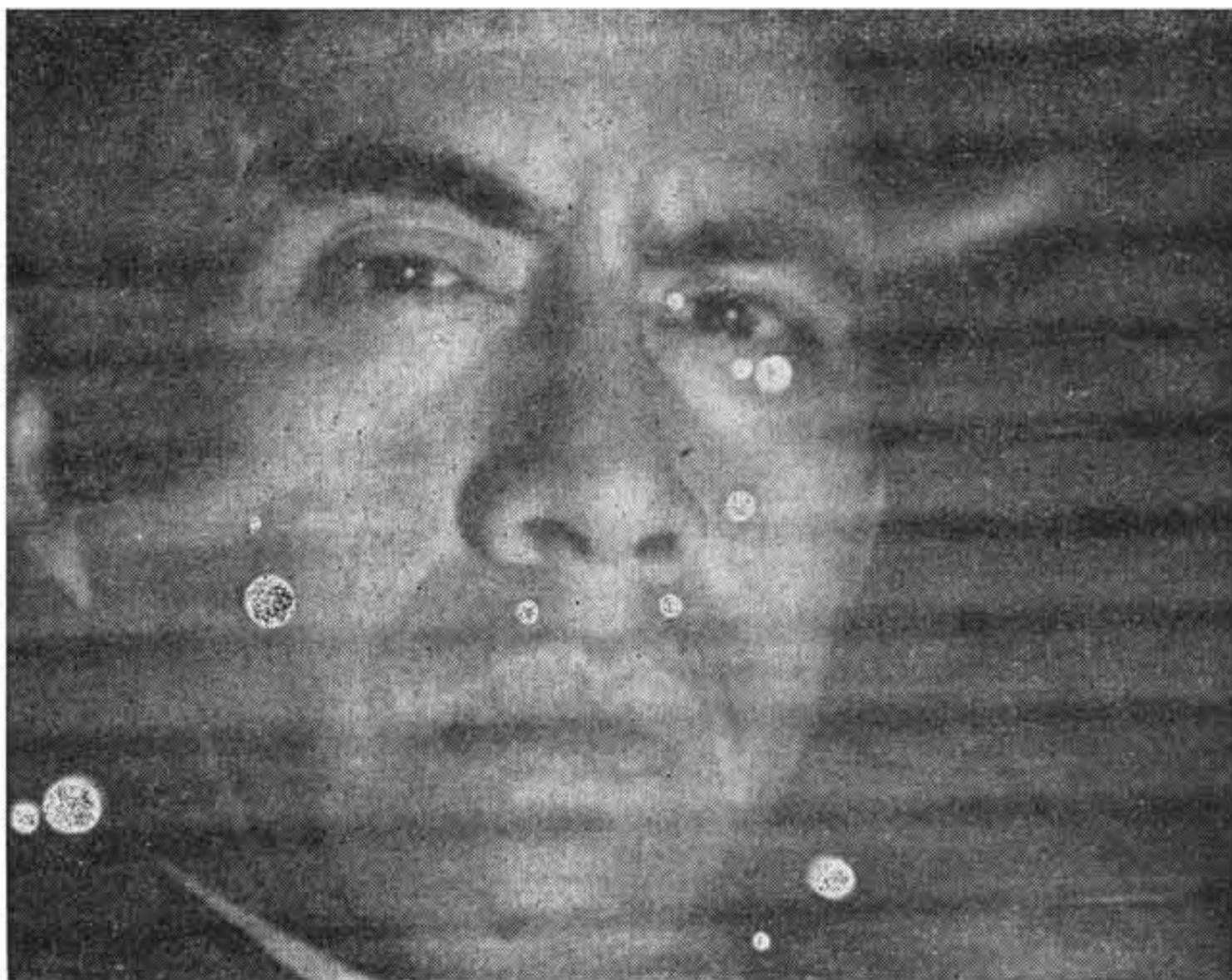
Desde este punto de vista nos parece fallida. Se queda siempre en la superficie. Existe el miedo de detenerse más a analizar una situación. Tiene otros defectos menores, por ejemplo, los personajes secundarios, que bien podían aparecer como marco a los principales, se nos presentan siempre en primer plano. El taquero, el billettero, el Santa Claus, podrían haber aparecido como fondo a las actuaciones de los personajes principales y no gastar espacio ni tiempo especiales para ellos. ¡En este aspecto tenemos tanto que aprender del cine italiano! Visconti, Rosi, Monicelli, hasta el mismo Germi, son directores que saben hacer vivir todo un pueblo al mismo tiempo en la pantalla, sin necesidad de ir presentando a sus componentes fragmentariamente.

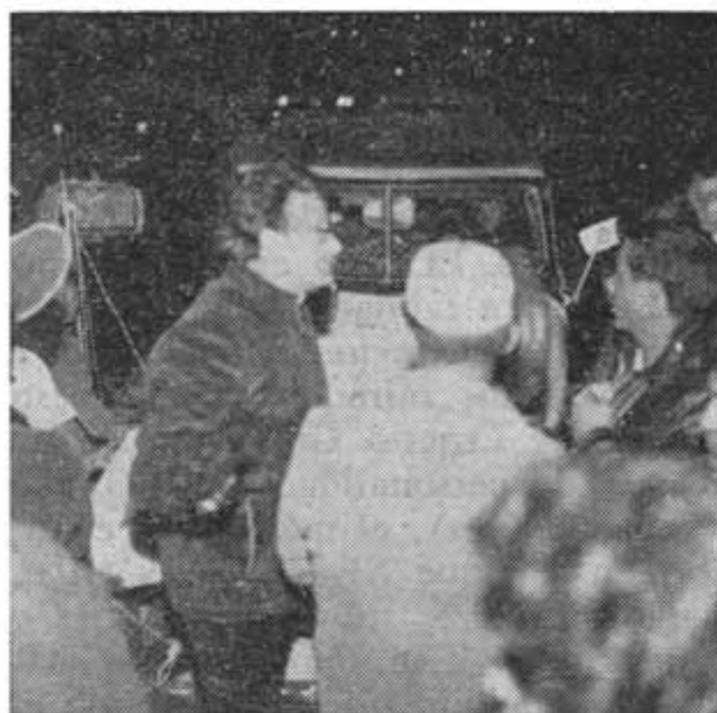
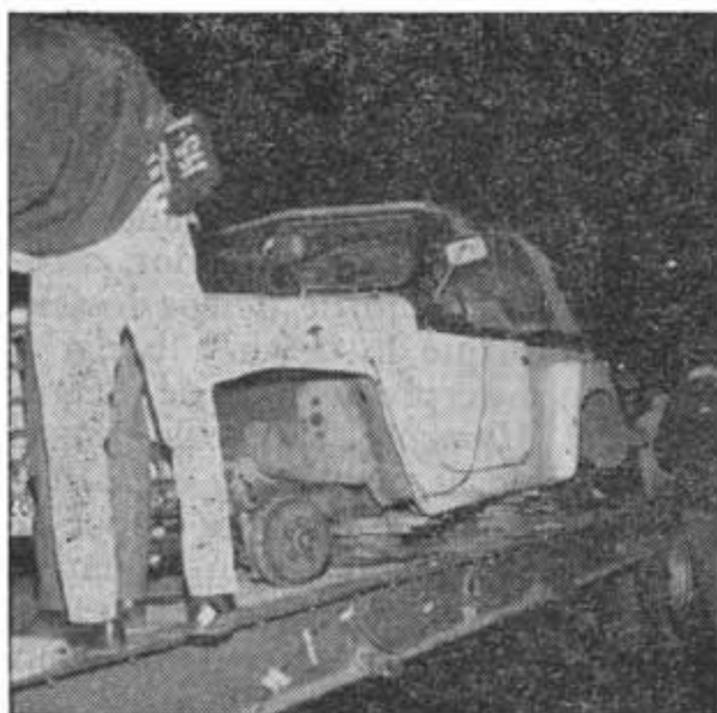
Si nos hemos detenido en las fallas de esta cinta, es porque la consideramos un hecho insólito dentro del cine mexicano, y porque al lado de sus defectos existen muchos valores de gran peso, que la hacen merecedora de elogios.

Si nos hemos detenido tanto en las fallas de esta cinta, es porque la consideramos tal vez ni nos hubiéramos ocupado de ella, pero es de Juan Ibáñez, y creemos que Ibáñez puede dar mucho en el cine, como ha dado y puede dar todavía en el teatro. Además es un hombre joven, de talento, preparado, inquieto, ambicioso, con amor al cine y con algo que comunicar por medio de él. Es una de las esperanzas más fuertes para la urgente renovación del cine nacional.

En esta su segunda película supera muchas de sus limitaciones y muchos errores manifiestos en su primera (*Un alma pura*, hecho el guión también en colaboración con Carlos Fuentes sobre un cuento de éste). El día que Ibáñez se decida a trabajar solo, tal vez nos dé cosas mejores. Creemos que a él debe *Los caifanes* lo verdaderamente cinematográfico que tiene. En cambio a Carlos Fuentes debe lo literario, lo anticinematográfico. Un ejemplo claro son los diálogos ricos, espontáneos y naturales a veces, pero excesivos, innecesarios y falsos otras. Molestan esas citas clásicas que hacen reír a la gente y muchas veces, la imagen ya decía demasiado claramente algo para tener que reforzarlo con una canción, o con un diálogo, o con las dos cosas.

Uno de los principales valores de la cinta es la caracterización de los personajes, principalmente el *Gato* y el *Azteca*, ¡Qué rostros más expresivos! ¡Qué mirada más cargada de sugerencias! Personajes inolvidables, únicos, grandiosos, reales, vivos. El *Gato* experimentado, fuerte, ágil, inteligente, conocedor, astuto. El *Azteca* taimado, libidinoso, reservado, impulsivo, lleno de deseos insatisfechos, de frustraciones. Todo esto no lo dicen, sino que lo dejan adivinar a través de sus miradas, de sus gestos. Magníficas interpretaciones de Sergio Jiménez y Ernesto Gómez Cruz. Junto a ellos el *Mazacote* (Eduardo López Rojas) de personalidad más débil, cobarde, que sigue al montón, y el *Estilos* (Oscar Chávez), el más joven, el más inexperto. La pareja de niños popof la forman Enrique Álvarez Félix en un papel ingrato, pero muy bien desempeñado, y Julissa, nunca más actriz que ahora, graciosa espontánea, natural y muy guapa. Tan sólo esto, los actores escogidos, es ya un acierto de Juan Ibáñez. Ha sido un gran hallazgo el de los actores que interpretan a los *caifanes*. Tiene también la película escenas muy bellas. Por ejemplo aquella en que vemos el rostro del *Azteca* recargado en la ventanilla del coche mirando hacia afuera. ¿Qué piensa este hombre en este momento? ¿Qué hay detrás de esa mirada enrojecida y vidriosa? Cuántas cosas se nos dicen con una sola imagen. Estamos contemplando toda una vida en el rostro de un hombre, toda una vida conducida al fracaso pero no perdida todavía. Otro bello momento es aquel en que se abrazan los *caifanes* demostrándose así su gran cariño, su amistad clara, directa, sincera, opuesta a la falsedad de las relaciones sociales entre la gente de las clases altas y que nos es mostrada al comienzo del film. Y otro ejemplo más, entre muchos, de grandes momentos cinematográ-





ficos logrados por Ibáñez: el *Azteca* cantando un tango en compañía de un guitarrista ciego, y esbozando algunos pasos de baile con el cuerpo y la cabeza. Momentos que son precisamente los que nos hacen creer en un Juan Ibáñez auténticamente cineasta despojado ya de ciertos lastres del teatro que aún arrastra. Si el ritmo a veces se pierde es a causa de esa sucesión de anécdotas de que hablábamos antes y que dejan, entre una y otra, puntos muertos, pero en general es acertado y con un movimiento de cámara bastante aceptable. La fotografía, clara, luminosa, está acorde con la narración, el fotógrafo obedeció las órdenes del director sin tratar de presentar alardes estéticos propios, cosa que hay que agradecer.

Y, sobre todo, la virtud mayor del film: el tema. Un intento sincero, una actitud seria de querer entender la manera de ser del mexicano. En este caso enfrentando dos mundos diametralmente opuestos: el de la gente de la clase económicamente fuerte, culta, elegante, pero falsa en sus relaciones, enajenada, que vive siempre manejando fórmulas (fórmulas sociales). Y el de los *caifanes*, gente libre, espontánea, sincera, intuitiva, abierta y, por lo tanto, probablemente más feliz. Pero esto no queda muy claro, a lo largo de la cinta nunca vemos a los *caifanes* realmente alegres, contentos, gozosos. El único personaje que ríe, que goza, que anda alegre es el de Julissa. Ni Álvarez Félix por andar en un ambiente extraño, ni los *caifanes* por andar en el suyo propio, viven plenamente esos momentos.

Si lo que vemos es el choque entre dos maneras de entender la vida, entre dos filosofías distintas. Cuál es la que triunfa: ¿la de los *caifanes*, gracias a que ellos no son unos cobardes y se "rifan la vida a cada instante"? ¿Y qué valor tiene, o de dónde nace ese deseo de querérsela "rifar" a cada momento? Son cuestiones que quedan en el aire.

Como ya lo hemos dicho, *Los caifanes* es un film con un excelente tema, desperdiciado por un desarrollo lineal, esquemático, sin profundidad, sin honduras. Sin embargo es un intento valioso dentro de nuestro cine, intento que debemos apoyar todos los que estamos interesados en que México haga un cine digno, decente, distinto del que hasta ahora se hace generalmente. Un cine nuevo, valiente, de acuerdo con nuestra realidad. *Los caifanes* es un buen ejemplo de las posibilidades que ofrece este nuevo cine, y si nos hemos detenido tanto en sus defectos, es porque creemos que lo que se hace con más ambición debe ser juzgado con más rigor. En cambio esa otra clase de cine que se hace en México, el cine adocenado, el de costumbre, ése ni siquiera nos interesa.